dad de Dolores Hidalgo, Estado de Guanajuato, con 184 habitantes.

López de arriba. Rancho del partido y municipalidad de Dolores Hidalgo, Estado de Guanajuato, con 158 habitantes.

López de Azcona. D. Marcelo López de Azcona fué XIII Arzobispo de México. Este prelado gobernó ciento ocho días la mitra, pues hizo su entrada el día 23 de Julio de 1653 y falleció el día 10 de Noviembre del mismo año.

Era un sacerdote virtuoso, como se verá por el siguiente pasaje:

Al día siguiente de su consagración, viendo salir de la catedral á un sacerdote que iba á administrar los Sacramentos á un enfermo en el barrio del Carmen, le acompañó. Llegó á la casa del enfermo y le confesó, dióle la comunión, y le casó con una mujer con quien de tiempo atrás vivía. Fué muy estricto en el examen de los sacerdotes; y si su gobierno hubiese durado algunos años, habría llevado á cabo la reforma de las costumbres del clero.

López de Zárate (Illmo. Sr. D. Juan). Primer obispo de Oaxaca; fué varón de grandes prendas, santo, y doctísimo en teología y ambos derechos; dejó mucha fama de predicador apostólico en los sermones ó instrucciones doctrinales que frecuentemente hacía, así en la ciudad como en todo el obispado, cuyos límites fijó por especial comisión de las Cortes de Madrid y Roma; estableció su iglesia catedral con los primeros capitulares nombrados por el rey; arregló las parroquias de su diócesis cuanto en aquellos tiempos le fué posible, proveyéndolas de ministros así del clero como de religiosos, que condujo de la Provincia de Santo Domingo de México. En esta ardua empresa fué el trabajo desmedido, por hacerse los caminos muy dificultosos con las inaccesibles cuestas, calores, abundancia de insectos ponzoñosos, y caudalosos ríos; con los recién convertidos ejercitó la caridad con tal esmero, que para socorrerlos se despojaba de lo suyo. El año de 1554 vino á esta capital para asistir al primer Concilio mexicano, en donde falleció, y fué sepultado en el convento de Santo Domingo.—J. M. D.

López Diego. Rancho de la municipalidad de Los Herreras, Estado de Nuevo León.

López Eusebio. Hacienda de la municipalidad de Los Herreras, Estado de Nuevo León.

López Jesús B. Hacienda de la municipalidad de Los Herreras, Estado de Nuevo León.

López Pacheco Cabrera y Bobadilla (Exmo. Sr. D. Diego). Marqués de Villena y duque de Escalona, grande de España, 17° virrey. Acompañado del Illmo. Sr. D. Juan de Palafox y Mendoza, juez de residencia nombrado del marqués de Cadereyta, llegó á México este personaje, de quien dicen los escritores era joven, de alegre genio y de placenteros modales; así es que los vecinos de Veracruz lo detuvieron desde el 24 de Junio de 1640, fecha de su desembarco, hasta mediados del siguiente Agosto, días que le dedicaron á festejar su feliz arribo.

Una de las muchas desgraciadas expediciones para colonizar las Californias, mandada por D. Luis Cestín de Cañas, se registra durante la administración de este virrey, así como una importante innovación en la organización de los curatos, que en su mayor parte se quitaron á los regulares encargándolos al clero secular.

El duque de Escalona tenía relaciones de familia con el duque de Braganza; y como en aquel período el reino de Portugal se separó de la dominación española aclamando por su monarca á este personaje, el conde de Olivares, favorito suspicaz de Felipe IV, libró sus órdenes al Sr. Palafox para quitar violentamente el virreinato al marqués de Villena. En efecto, el 9 de Junio de 1642, el Illmo. Sr. obispo de Puebla mandó cercar de guardias el palacio, reunió á los oidores, é hizo notificar al virrey las órdenes de Felipe IV. El duque de Escalona se retiró inmediatamente al convento de dieguinos de Churubusco y de ahí á España, en donde se vindicó completamente de las sospechas que, apoyadas en incidentes pueriles, motivaron su deposición. Los historiadores aseguran que satisfecho el monarca con sus descargos, lo nombró segunda vez virrey de esta colonia; pero lo cierto es que después de su vindicación se le encargó el gobierno de Sicilia.—J. M. A.

López Portillo (Dr. D. Lorenzo). El ilustre literato jalisciense, de quien vamos á hablar, nació en la ciudad de Guadalajara el año de 1730, de padres sumamente pobres.

Una tía suya, llamada Dª Rosalía, se encargó de su educación, y el niño llevó el apellido del Sr. López Portillo, de quien era ella viuda, y no el de Galindo, que fué el propio de su familia.

A los catorce años había concluido con lucimiento la Latinidad y Retórica y el curso de Filosofía; y á los diez y siete sostuvo un acto de Teología, con que sorprendió á los concurrentes.

Del colegio de San Juan de su patria pasó al de San Ildefonso de México á estudiar Jurisprudencia, y defendió públicamente la Instituta y los dos tomos del P. Pichardo, que supo de memoria, como todo cuanto leyó en su vida aunque fuese una sola vez.

En el año de 1754 sustentó el acto que eterniza su nombre, en que propugnó, á más de otras obras completas, las del Dr. González Téllez, Arnoldo Vinio, los veinte libros de Derecho Civil del P. Fabri, el tomo del P. Rábago sobre Eucaristía, la Teología del P. Marín, y la Filosofía del P. Lozada. Le arguyeron los literatos más sobresalientes, y este acto duró tres días, por mañana, tarde y parte de la noche, en la Universidad, cuyo claustro pleno, compuesto de noventa doctores, lo premió con las cuatro borlas, previos los ejercicios ordinarios para calificarlo secretamente, que efectuó sucesivamente en Filosofía, ambas jurisprudencias y sagrada Teología; y de resultas de la recomendación que se hizo de su mérito á la Corte de Madrid, fué atendido con una media ración, ración, y canongía en la metropolitana de México; y ciertamente habría llegado á arzobispo, si el Sr. Lorenzana que lo era, no le hubiese atribuido la impugnación á una de sus pastorales; por cuyo motivo fué trasladado á la iglesia de Valencia, en donde moribundo y tocando las puertas de la eternidad, encargó á su albacea y amigo el Sr. Patriarca D. Pedro de Silva, que satisficiese al Sr. Lorenzana, arzobispo ya de Toledo, de que no sólo no fué autor, pero que ni había leído el tal libelo; y á poco después murió en 11 de Enero de 1780, estimado de los sabios y llorado de los pobres por su misericordia.

Este americano mereció los encomios del Sr. Fuero, obispo de la Puebla y arzobispo de Valencia, del P. Luis Maneiro, que publicó su vida en Bolonia, y del sapientísimo P. Feijóo, que lo calificó de ingenio singular. Finalmente, puede asegurarse que otro que no fuera el Sr. Portillo, necesitaría de los 51 años que vivió sólo para leer las muchas materias que defendió en la Universidad de México, en cuya aula general, así como en la de San Ildefonso, se fijó su retrato desde aquella época. Puede compararse con los Pascales, Macedos y Picos de la Mirándola, á juicio de varios de sus biógrafos.—F. Sosa.

López Rayón (Ignacio). Familia de héroes debe llamarse á la del ilustre general de quien vamos á hablar. Cualquiera que conozca la historia mexicana reconocerá la justicia con que lo decimos, y nada más natural, por lo mismo, que inscribir en este libro el nombre glorioso del esforzado campeón de la libertad D. Ignacio López Rsyón.

Nació en Tlalpujahua en el año de 1773, hijo de D. Andrés López Rayón y de Dª Rafaela López Aguado.

Amante del estudio desde sus primeros años, hizo con aprovechamiento una carrera literaria, cursando en el Colegio de Morelia los ramos preparatorios hasta concluir filosofía; y viniendo después al de San Ildefonso de México, en donde estudió jurisprudencia, hizo su práctica, y se recibió de abogado.

Desempeñó su profesión con buen éxito durante algún tiempo en esta capital, y regresó á Tlalpujahua con el fin de atender los negocios de su familia en el ramo de minas, del que también era conocedor.

Después de sufrir las vicisitudes que son comunes en la vida del minero, el Sr. López Rayón vió coronados sus esfuerzos por el resultado más satisfactorio, y adquirió una buena posición social.

En 1810, al estallar la guerra de Independencia, vió desde luego en ella la felicidad y engrandecimiento del país, y abrazó con ardor la causa iniciada en Dolores por el inmortal Hidalgo. Hombre de orden, quiso imprimir á la revolución un carácter que no era fácil lograr que revistiese, toda vez que cuando un pueblo se levanta en masa para conquistar los derechos de que se le priva, apela á medios violentos, y como torrente desbordado, arrolla cuanto á su paso encuentra. Rayón no sólo no pudo contener el empuje desordenado de los independientes, sino que fué una de sus víctimas, como veremos más adelante.

Después de los sucesos de Guanajuato y Valladolid, Rayón propuso un plan reducido á que se instalara una junta, se evitaran destrozos, y cesara toda persecución personal. Hidalgo aprobó el pensamiento, y aun escribió á Rayón una expresiva carta.

Reunido con el caudillo, y con el carácter de secretario suyo, tomó parte en la memorable batalla del Monte de las Cruces, y en seguida se dirigió á Tlalpujahua, con el fin de arreglar sus negocios y decidir á sus hermanos á que abrazasen la causa en que él militaba, y tornó á unirse á Hidalgo después del desastre de Aculco, sin abandonarle más.

En Diciembre, estando en Guadalajara, fué nombrado secretario de Estado y del Despacho, lo que le daba, como dice Alamán, facultades de ministro universal. Rayón trabajó afanosamente por organizar aquel gobierno; utilizó la imprenta que por primera vez se consiguió entonces en Guadalajara; pretendió entablar relaciones diplomáticas con la República americana, tomó parte activa en la organización y disciplina de las tropas, en la adquisición y reposición del armamento, y para decirlo en una frase, consagró toda su inteligencia, todo su valor á la santa causa de la libertad. En el descalabro del puente de Calderón, fué él quien salvó los caudales del ejército que ascendían á trescientos mil pesos.

Entró victorioso á Zacatecas á las órdenes de Allende; y cuando los principales caudillos de la insurrección marcharon á buscar la muerte en Chihuahua, Rayón quedó, puede decirse, en el centro del país, como el jefe principal de la insurrección.

"En esos días, dice uno de sus biógrafos, fué el único que formó un eslabon, por decirlo así, que enlazara la cadena de los sucesos entre aquellos caudillos y los que les sucedieron, y fué también el único que con heróico esfuerzo mantuvo el fuego sagrado de la libertad, oponiéndose á los colosales empeños de un poder triunfante, á quien para completar sus glorias, sólo restaba la destrucción de los restos miserables que la buena causa había confiado á su fidelidad. Nombrado jefe del primer cuerpo de tropas que quedaba á los americanos, apareció por la primera vez con la investidura de general, y pudo desarrollar su genio organizador y sus anteriores empeños por regularizar el movimiento y disciplinar aquellas masas, que más bien que un auxilio, habían sido un obstáculo á la victoria. Se ocupaba, pues, en arreglarlas, en reponer el armamento y municiones, proporcionarse recursos, establecer el orden en los gastos del ejército, y preparar el movimiento que demandaran las circunstancias, cuando supo la sorpresa y prisión de Hidalgo, Allende y demás jefes que lo acompañaban, entregados vilmente por la más horrible defección y la traición más infame de D. Ignacio Elizondo."

No le seguiremos en sus campañas, porque no es éste el lugar en que puede historiarse aquel período fecundo en grandes acontecimientos, con la extensión debida; que en la retirada de Rayón desde el Saltillo á Zacatecas, no se sabe qué admirar más, si la constancia del general ó la fortaleza del soldado, valiéndose de las palabras del Dr. Mora.

La defensa de Zitácuaro es otra de las más gloriosas páginas de la historia de Rayón. Inútiles fueron las promesas halagadoras que el gobierno virreinal le hizo; inútiles las amenazas y el precio de diez mil pesos puesto á su cabeza.

Perdida más tarde aquella plaza importantísima, comenzó Rayón á ser víctima de sus mismos correligionarios. Empero hombres de su talla no se abaten por ningún motivo, y continuó siendo uno de los más ilustres caudillos de la revolución, sin desmayar un momento, y de ello puede cerciorarse cualquiera en los documentos que existen relativos á todas sus campañas.

Después de continuo batallar durante más de seis años, Rayón fué aprehendido el 11 de Diciembre de 1817. Por una serie de circunstancias que sería prolijo referir, no fué fusilado, sino que permaneció preso hasta el 15 de Noviembre de 1820 en que se le señaló como lugar de residencia la villa de Tacuba. ¡Cuántas amarguras, qué horribles padecimientos experimentó durante los tres años en que estuvo preso! Pero también ¡qué noble entereza la suya, qué fidelidad á la causa de la patria! Los grillos le produjeron llagas en las piernas, su salud se quebrantó sobremanera, y para proporcionarse el sustento se ocupaba en la cárcel en hacer pureras de cartón.....!

Iturbide, que tenía empeño en nulificar á los mexicanos que podían rivalizar con él, no invitó á Rayón en 1821 al rebelarse contra el poder español.

Consumada la Independencia, fué nombrado tesorero y después intendente de San Luis Potosí, y en seguida fué electo diputado por Michoacán.

En 1824 el Congreso le confirió el despacho de general de división y le declaró benemérito de la patria. El dictamen de la Comisión es un monumento de gloria para el ilustre defensor de la libertad.

No menos honoríficos son los conceptos que se hallan estampados en la parte expositiva del decreto expedido el 16 de Septiembre de 1842, mandando que el nombre del General de división D. Ignacio López Rayón se inscribiera con letras de oro en el salón de la Cámara de Diputados. Allí está consignado que él fué uno de los primeros y más ilustres caudillos de la Independencia desde 1810; que después de la prisión y muerte de Hidalgo, Allende, Aldama, Abasolo y Jiménez, fué Rayón quien conservó el fuego sagrado que animó á los mexicanos para sostener la lucha; que él fué el primero que estableció un Gobierno Nacional en Zitácuaro; que siempre fué fiel á sus juramentos, con una constancia heroica, y que hasta su muerte jamás desmintió sus generosos y patrióticos principios.

En 1825 fué nombrado comandante general de Jalisco, y desempeñó ese puesto hasta Febrero de 1827.

Por último, durante más de dos años presidió la segunda sala del Supremo Tribunal de Guerra y Marina, y falleció el 2 de Febrero de 1832, á consecuencia de haberse renovado sus antiguas heridas.

Bustamante, en el opúsculo intitulado "Juicio que la posteridad mexicana formará sobre el sepulcro del General D. Ignacio López Rayón," dice: "Considerado Rayón como individuo particular, veremos en él una noble é interesante figura; un hombre comedido y caballeroso en todas sus acciones, al par que modesto; dotado de un entendimiento claro, acompañado de una meditación sesu-

da y circunspecta; un corazón recto, sencillo, amante de la justicia, compasivo y magnánimo para socorrer abundantemente á los desgraciados; un amante del orden y disciplina militar más severa; un ciudadano religioso sin fanatismo; devoto sin hipocresía; un buen padre de familia; un esposo amante; en fin, un fiel amigo. Testimonio de estas prendas da quien le acompañó diez meses en la campaña; quien le observó hasta en sus acciones más secretas; quien fué con él asaltado por los bandoleros realistas en Zacatlán, sin quedar con otra ropa que la que cubria nuestros cuerpos, ni más prenda apreciable que el honor y la gloria de sufrir por la independencia y la libertad de nuestra patria."

Cien páginas del tomo tercero de la obra intitulada "Hombres Ilustres Mexicanos," que hemos citado varias veces, ocupa la biografía documentada de D. Ignacio López Rayón. Allí encontrará la relación de sus campañas quien desee más extensos datos que los que en estos apuntamientos hemos reunido.

Rayón es acreedor á la gratitud nacional; y el día en que se honre como es debido á los héroes que nos dieron patria, se le erigirá una estatua.—F. Sosa.

Lorencillo. Rancho del Distrito y municipalidad de Tacámbaro, Estado de Michoacán.

Lorencillo en Veracruz. Entre los grandes recuerdos históricos que encierra la ciudad de Veracruz, ninguno es más trágico ni más palpitante que el de la terrible invasión de los piratas capitaneados por Lorenzo Jácome. Existen diversas relaciones de suceso tan funesto; pero la mejor, á nuestro juicio, es la debida al P. Alegre, uno de nuestros mejores historiadores. A pesar de su extensión, vamos á darla á conocer.

"Lunes 17 de Mayo de 1683, dice, como á las cuatro de la tarde, se avistaron dos velas que parecía entraban en el puerto. El gobernador de la ciudad, persuadido á que fuesen dos que se esperaban de Caracas, ó acaso algunos de la flota, que según se tenía noticia navegaba desde el 1º de Marzo, no hizo de la novedad el aprecio merecido.

"Al oscurecer la noche, se hicieron fuera las dos embarcaciones y se perdieron de vista. Esta maniobra dió mucho que maliciar al castellano de San Juan de Ulúa y al sargento mayor, que comunicaron sus sospechas al gobernador de la plaza.

"Se dispuso que algunas compañías, que no eran de guardia, se acuartelasen en las casas de sus respectivos capitanes. Se avisó á los baluartes y centinelas, y se prepararon patrullas que rondasen aquella noche la ciudad con mayor número del acostumbrado. El mismo gobernador en persona rondó la mayor parte de la noche, y no reconociendo novedad, se recogió sin cuidado.

"Los enemigos, amparados de la oscuridad, y guiados de algunos buenos prácticos, que años antes habían estado allí prisioneros, dejadas las dos embarcaciones fuera de tiro de cañón de la ciudadela y de la plaza, saltaron en piraguas y barcas pequeñas, y desembarcaron á barlovento de la ciudad, á una legua corta, donde después se puso la Vigía que hoy llaman de *Vergara*.

"Venían en los dos barcos ochocientos hombres de armas, mandados por Lorenzo Jácome y Nicolás Agramont, nuevo pirata que el año antecedente había saqueado á un asentista. Marcharon hacia Veracruz doscientos hombres con algunos de los prácticos comandados por Lorenzo Jácome. Llegaron á estar sobre la plaza justamente á tiempo que el centinela tocaba las doce. A esta hora, fuera de las doce campanadas, es estilo tocar algunas otras pocas más apresuradamente. Esta costumbre estuvo para salvar á Veracruz de aquellas manos impías. Los franceses creyendo haber sido sentidos, y que aquel toque era á rebato, dieron tumultuoriamente la vuelta, y hubieran corrido hasta sus navíos, si los prisioneros que traían no les hubiesen desengañado de su error. Tomado aliento, volvieron á la marcha, y Lorenzo Jácome, con algunos pocos salvada la estacada, que entonces era aún más baja de lo que es hoy, y á raíz del suelo, entró en la ciudad hasta la plaza. Observó el cuerpo de guardia y las calles vecinas: un profundo silencio y una suma quietud reinaba en todas partes.

"No dudó ser dueño de la ciudad, y mandó que se pusiesen en marcha los seiscientos hombres que habían quedado en la playa. A la misma hora que llegaron se hubiera dado el asalto, si los prisioneros no le hubieran aconsejado que esperase á la madrugada, tiempo en que suele ser más pesado el sueño, que á causa del calor no suele lograrse á prima noche. Entretanto, acordonaron á la ciudad en la mejor forma, que les permitía la escasez de su gente, y se mandaron disponer para el asalto al despuntar el día; pero tuvieron que esperar, y á las cuatro ó poco más de la mañana tenían ya repartidas sus tropas por todas las bocacalles. Nicolás Agramont se encargó del asalto de la plaza principal y cuerpo de guardia en que verosímilmente debía estar la mayor fuerza: setenta de los suyos le acompañaban. Al ruido de la marcha salieron de sus casas el sargento mayor D. Mateo de Huidrobo y el capitán D. Jorge Algara con espada en mano; entrambos con un soldado que tuvo valor de agregárseles, quedaron luego muertos á balazos con pérdida de un francés, y heridas de uno ó dos. De los soldados de guardia, unos cuantos se retiraron á un cuarto bajo que les sirve de cuartel, otros subieron á avisar al gobernador, que viendo ya perdida la plaza, procuró ponerse en salvo; toda la facción apenas duraría un cuarto de hora.

"Con la misma facilidad se apoderaron de los baluartes, que entonces no eran más que dos. Lorenzo Jácome, acometió el de la pólvora á sotavento de la ciudad, y á otro de los principales se le encomendó el de la Caleta. Dispararon sobre cada uno tres ó cuatro granadas y algunos arcabuces, con que se rindieron al punto los pocos soldados que había de guarnición; así en media hora ó poco más se hallaron dueños de las vidas y haciendas de todos los vecinos. El espanto y pavor se había apoderado de tal suerte de los ánimos, que ni aun pensaron en defenderse. Sobraba pólvora en los almacenes, sobraban mosquetes, de los cuales, después de proveídos despedazaron más de cuatro mil en la plaza. En el número de la gente había cuatro ó cinco hombres en Veracruz para aquel puño de franceses.

"Se tuvo aviso de los designios del enemigo, del presidente de Santo Domingo, de Madrid y aun de Guatemala. Nada bastan las prevenciones y las diligencias humanas cuando Dios quiere castigar. Cerró el Señor todas las puertas por donde se pudiesen librar.

"Los barcos pescadores que todos los días salen muchas leguas mar afuera, no habían salido aquel lunes.

"Los muchos estancieros que madrugaban á traer á la ciudad todo género de hortaliza, no pudieron entrar, ni dar aviso alguno.

"La flota que se esperaba de España, y que según ciertas noticias se había hecho á la vela desde 1º de Marzo sin contratiempo alguno, tardó noventa y cuatro días, y llegó puntualmente cuando ni pudo socorrer á la ciudad, ni dar alcance al enemigo para recobrar el botín. Pero volvamos á la narración.

"Ocupados los puestos en que pudiera haber resistencia, se dividieron en pelotones por todas las casas de la ciudad. ¡Infeliz el hombre, mujer, ó niño que la curiosidad ó el espanto hacía salir á la calle ó asomarse á alguna ventana! Pagaba infaliblemente con la vida. Un religioso anciano de San Agustín fué la primera víctima en este género, á que siguieron después otros muchos.

"Los prisioneros, sus conductores, los guiaron desde luego á las casas religiosas y á las de los sujetos más ricos. Entre los demás, llegaron á nuestro colegio. Los padres, desde la madrugada, avisados de los primeros tiros, habían tenido cuidado de consumir el adorable

cuerpo de Jesucristo, y ocultar cuanto pudieron de la plata de la Iglesia, aunque todo inútilmente, como después veremos. Llamados al toque de la campanilla, que en otras partes eran balazos á las puertas, bajaron á la portería, y suplicaron les diesen buen cuartel, que se les prometió francamente, y se correspondió muy al contrario. Mientras los unos repartidos por la ciudad robaban las casas, á los vecinos, sin distinción alguna de sexo, edad ó condición, llevaban á la plaza y hacían sentar en el suelo, dejando en medio campo para amontonar el botín que allí iban recogiendo de los diversos cuarteles de la ciudad. Junta la mayor parte de la gente, hicieron abrir por fuerza la iglesia parroquial; y puesta la tropa en dos filas á los lados de la puerta que mira á la plaza, hicieron entrar á todos.

"No puede ponderarse dignamente la opresión, el calor, la hambre, sed é incomodidades que pasaron los infelices habitantes desde el martes 18 de Mayo, en que fueron allí encerrados, hasta el sábado 22. Más de seiscientas personas entraron las primeras; número que á cada hora se fué aumentando con todos los demás vecinos,, fuera de los que tuvieron la fortuna de escapar á los montes. Cada una de estas reclutas aumentaba considerablemente el mal de todos, hasta llegar á no caber sino de pies y apretados unos contra otros, sin libertad de mudar de situación. Ahogáronse algunos niños y mujeres, y murieron algunos de hambre, pues para tanto número de gentes no se repartían sino dos costales de bizcocho durísimo, y algunas botijas de agua por día. Tuvieron mejor fortuna mil y quinientos negros esclavos, de quienes necesitaban para la conducción de la presa.

"Al día siguiente por la mañana se agregó á las demás penalidades un peligro próximo de la vida en todos los presos de la iglesia. No contentos los piratas con toda la riqueza que habían juntado el día antecedente, y la que sabían haber aún en las casas que registraron, persuadidos á que se hubiese ocultado mucha parte, quisieron descubrir con amenazas cuanto hubiese en esta parte. Para este efecto, introdujeron en la iglesia un cajón de pólvora, y poner en medio de ella una bandera roja. Lorenzo Jácome, con la espada desenvainada, y haciéndose lugar á costa de la opresión de la gente, se paseaba por el cuerpo con un aire de soberanía y de fuerza, gritando con voz ronca y espantosa, que si no se descubrían los tesoros ocultos, allí morirían todos volada la iglesia y oprimidos de sus ruinas. Los gritos lastimosos de las mujeres y niños, las voces de los hombres, ó para satisfacer á aquel bárbaro, ó para implorar la clemencia divina: los violentos movimientos de toda aquella pobre gente por alejarse del cajón á que se había ya puesto una mecha, aunque á distancia grande; en fin, la confusión y el tumulto fué tal, que murieron ahogadas algunas personas, y muchas que tuvieron la desgracia de estar junto á algún banco ó pilar con brazo ó pierna, salieron con ella quebrada. En aquel alboroto, la fuerza de los que huían quebró la puerta de la sacristía, por donde sin poderlo estorbar los piratas salió gran parte de la gente no sin muerte de algunos y heridas de muchísimos. Por momentos esperaban la muerte, cuando Lorenzo Jácome enarbolando una bandera blanca pronunció el perdón, y el seguro de que no se ejecutaría tan inhumana sentencia. Apenas se había algún tanto respirado de la pasada congoja, comenzando á hacer en los sujetos particulares diligencias para descubrir los imaginarios tesoros que les fingía su codicia, el primero que experimentó su furor, como uno de los sujetos más acaudalados de la ciudad, fué el capitán D. Fermín de Zazueta. Cargáronlo de oprobios en medio de la multitud, y amenazáronle de mil modos para que dijese dónde había escondido sus bienes. Respondía que todo cuanto tenía propio y ajeno había quedado en su casa, y en ella hallarían tanto, que no habría lugar de presumir se hubiese ocultado cosa alguna. No satisfechos de esta respuesta, le dieron muchos cintarazos, y aun llegaron á ponerle al cuello un alfange para obligarle á prometer alguna considerable porción por su rescate. Esta misma suerte corrieron todos los sujetos de algún caudal y distinción. A los seglares ricos siguieron los prelados de las religiones. Distinguieron entre los demás, ó por su particular afición (que es muy conocida la que han tenídole siempre los herejes de Francia) ó por la fama común de riqueza, al padre rector de la Compañía, llamándolo el primero.

"Era en la actualidad rector de aquel colegio el padre Bernabé de Soto, hombre anciano, venerable y muy quebrantado de los trabajos en trece años de misiones. Sacáronlo de la iglesia á la mitad de la plaza con grande algazara en sotana y manteo, sin sombrero ó bonete, extremamente debilitado del ayuno total del día pasado y de la opresión y falta de sueño. Pusiéronle en presencia de Lorenzo Jácome, que le mandó hincar de rodillas en una estera, y juntar las manos ante el pecho en ademán humilde y respetuoso. En esta postura, después de haberlo vituperado como al hombre más indigno del mundo, y amenazándole que ni él ni alguno de los suyos había de quedar con vida, le dijeron que el gobernador de la ciudad había ofrecido por el rescate de su persona setenta mil pesos, que en vista de esta cantidad viese lo que podía ofrecer por el suyo. El buen anciano respondió que no tenía un maravedí, que el colegio y templo estaba en su poder; sin embargo, le mandaron que ofreciera: detúvose algún rato pensando lo que podría conseguir, y ofreció quinientos pesos. No bien había pronunciado estas palabras, cuando un francés descargó sobre su espalda tres cintarazos, que cada uno le hacía besar la tierra. Pusiéronle inmediatamente un cuchillo á la garganta, al tiempo que otro de los franceses retiró la mano del sayón, diciendo que se le perdonaba la vida, pero que irremisiblemente había de dar cincuenta mil pesos. Después de esto lo apartaron de los demás, y lo llevaron al palacio. Siguióse el R. P. guardián de San Francisco, á quien pusieron una soga al cuello, como para ahorcarle, y pidieron doscientos mil pesos. Trescientos mil al padre prior de Santo Domingo, y todos fueron después llevados al mismo lugar, donde se habían ya apoderado de la persona del gobernador, muy maltratado de palos y cintarazos que habían llovido sobre él. El padre Bernabé de Soto solía repetir que desde este día había hecho un alto concepto del oficio de rector, pues á no serlo, hubiera padecido lo mismo que los demás, y no lo hubieran singularizado tanto en los agasajos.

"Entretanto, era cada día más insoportable la prisión que padecía en la iglesia parroquial el resto de los vecinos. La apretura, la hediondez, el bochorno, la hambre y la sed, la vista de muchos enfermos y otros que morían, los palos y heridas que llovían sobre la muchedumbre en la forzosa confusión que ocasionaba la distribución del alimento, el dolor que necesariamente causaba á los pechos cristianos ver de aquel modo indigno profanado el lugar santo y convertido en la pocilga más inmunda el templo de Dios vivo; todo esto junto, que hacía ciertamente indefectible la muerte de todos los ciudadanos, movió al capitán D. Fermín de Zazueta y D. Miguel de Ascué, para que otorgada licencia del cabo, se presentasen á los dos jefes la mañana del juéves. Representáronles que toda la ciudad moría allí de hambre y de miseria, que ¿cuáles eran los motivos y delitos de aquella pobre gente, de las mujeres y niños, para padecer tantos trabajos? ¿Por qué se les negaban los alimentos, se les escaseaba el agua, y negaba todo consuelo? ¿No han cedido todos sus caudales? ¿No han dado hasta lo necesario para su decencia? ¿Pueden hacer más? Las cabezas de las familias han ofrecido ya por su rescate más de lo que pueden. La suma inmensa que se pide por el rescate de la plaza, si la hay en ella, ya está en vuestras manos; si no la hay, sería necesario recurrir á lugares setenta y ochenta leguas distantes donde tenemos

nuestros corresponsales; esto no puede hacerse en poco tiempo como pretendéis; y si tarda algunos días, ¿para qué es tratar de rescatarnos después de la muerte de nuestras mujeres y de nuestros hijos, después del saqueo de los templos y de cuanto tenemos más amable que la misma vida? Esta cristiana libertad hizo impresión en aquellos fieros ánimos. Mandó luego Nicolás Agramont que se aumentase la porción del alimento y del agua, prometió que presto los pondría en libertad, y convidó á su mesa al capitán D. Fermín, demostración no usada hasta entonces de aquella chusma infame, y que dió á las gentes afligidas algún rayo de esperanza.

"Ya por este tiempo habían comenzado los piratas á conducir á sus barcos de día y de noche, por tierra y en carretas, y trasladado en piraguas cuanto habían sacado de la ciudad.

"Para la mañana siguiente del sábado 22 habían determinado salir de la ciudad, y llevar consigo á todos sus habitantes á la isla de Sacrificios, situada al E. de Veracruz y al S. de San Juan de Ulúa.

"La tarde del viernes, por una lista que ya tenían formada, fueron llamando á todos los vecinos, y en su presencia, les dieron sentencia de ser pasados á cuchillo y quemada la ciudad si no descubrían los bienes ocultos. Estando en esto, ó fuese contingencia, ó artificio inventado y prevenido de ellos mismos, entró por medio de la asamblea uno de sus ministros con un paño lleno de joyas de mucho valor y algunas talegas que decía haber encontrado muy ocultas. Con esto se persuadió, ó pareció persuadirse que había mucho aún por descubrir. Crecieron tanto las amenazas, y había tantos motivos para temerlo todo de su inhumanidad y codicia, que el vicario y juez eclesiástico D. Benito Alvarez de Toledo se encargó de ir á la iglesia y persuadir á todos á manifestar aun lo más mínimo, é intimarles aquella triste sentencia. Subió el vicario al púlpito, y les exhortó más con lágrimas que con palabras á que con la manifestación de cosas tan pocas y rateras, como podían ser las que acaso ocultaban, redimiesen la ruina de su patria y sus propias vidas, que á cada instante peligraban. Repartiéronse, juntos con los soldados franceses que llevaban los sacos, algunos clérigos encargados de recoger lo que tenían en la iglesia, y fuera de ella acompañaban otros á uno de los alcaldes ordinarios. La suma que sacaron con este artificio, pasó según lo que menos, de treinta mil pesos.

"Mientras esto se ejecutaba, trataron los principales de la ciudad de ajustar por último el rescate de ella. Después de muchas altercaciones y amenazas, dijeron los dos jefes, que atendidas las fábricas y muchas otras cosas á que habían perdonado, era muy poco un millón; pero que usando de su *liberalidad y clemencia*, se contentarían con doscientos mil pesos. A instancias de los diputados, quedaron al día siguiente, sábado por la mañana, en ciento cincuenta mil pesos, que deberían entregarse dentro de diez días; quedando en rehenes las personas más distinguidas del lugar. Con esto resolvieron pasarse al punto que llaman los Hornos, como una legua al S. de Veracruz.

"Tomada esta resolución, mandan salir de la iglesia á todos los hombres y mujeres, negras y mulatas, quedando allí las españolas. Puestos en la plaza y escoltados de buena guardia, apartan veinte de los principales que habían de llevar en rehenes; y fuera de los sacerdotes y religiosos, hacen á todos los demás cargar, sin distinción alguna sobre sus espaldas los muchos líos de ropa y fardos de todos géneros, harina, pólvora, grana y semillas que habían juntado en las calles; hombres y mujeres, amos y esclavos, vergonzosamente comprendidos y mezclados, sin más distinción que el mayor sonrojo y abatimiento, eran por grado ó por fuerza cargados de peso, á veces muy superior á sus fuerzas.

"La grita, los cintarazos y palos, eran el alivio del que caía, singularmente si era español y persona autorizada. Con este inmenso trabajo, á las doce del día llegaban á los Hornos caminando cargados, hambrientos y débiles en el país y estación más calurosa del año y del día, sobre un terreno arenoso y ardiente.

"En los Hornos esperaban ya las piraguas con que fueron conducidos los rehenes á la Capitana, y los demás á la isla de Sacrificios á continuar, menos la opresión, todas las demás incomodidades que habían tolerado en tiempo de su prisión en la parroquial. Allí estuvieron desde el dicho día sábado 22, hasta el domingo 30 de Mayo que se les entregó el dinero prometido. De los rehenes que habían llevado á la Capitana, volvieron luego cuatro, dos que procurasen bastimentos para los que estaban en Sacrificios, y dos que tratasen del cumplimiento del rescate. La diligencia de los dos primeros prestó poco; y si no fuera por la de D. Francisco Carranza, alcalde ordinario, de D. Domingo de Urízar y del hermano Francisco de León, coadjutor de la Compañía, hubieran perecido de hambre en Sacrificios cerca de tres mil personas. Desde el lunes 24 enviaron igualmente á Sacrificios los rehenes restantes, que eran diez y seis, dándoles por cárcel un polvero de horno de cal, de ocho varas de largo y tres de ancho, en que estuvieron ocho días. Eran los principales el gobernador de la ciudad, el vicario eclesiástico, los padres de Santo Domingo y San Agustín, el padre guardián de San Francisco, el padre Bernabé de Soto, y el padre Juan del Castillo, jesuitas.

"El botín que sacaron de la ciudad, no pudo saberse individualmente. En plata labrada pasaron de mil arrobas; en reales, por la distribución que se puso después, cupieron á cada soldado raso más de seiscientos pesos, y eran los de esta clase mil y cien hombres, fuera de lo que se partió á cada uno de los once barcos, y lo que tomaron para sí los oficiales y los jefes, cuyas cuotas verosímilmente debieron ser cuatro, seis y aun diez y doce ó veinte veces mayores. Añádense mil y quinientos esclavos, joyas, grana, añil, harina, caldos, lencería y otros muchos efectos de España y de América, de que es la garganta aquel puerto, y se confirmará el juicio que se formó entonces de que la pérdida montaba á más de cuatro millones, en sólo lo que ellos pudieron aprovechar. De cuanto no podía servirles en escritorios, mesas, camas, espejos y otros muebles de casas, todo lo quebraban y hacían pedazos, singularmente puertas y ventanas.

"Finalmente, el día 1º de Junio se hicieron á la vela cargados de despojos, con sola la pérdida de treinta y cinco hombres por diversos accidentes en Veracruz, ó por resistencia que hicieron al principio muy pocos: á los golpes y malos tratamientos pasaron de cuatrocientos los muertos.

"El mismo día que se hicieron á la vela los piratas, se dejaron ver algunos navíos de la flota, que tanto tiempo había que se esperaba, y sólo llegó á ser testigo de la desgracia. Con la noticia, se destacaron la Capitana y otros navíos á darles alcance, y la burla que hicieron de sus inútiles esfuerzos no fué el menor de sus triunfos. Fuera de los desacatos cometidos en la iglesia parroquial, conservaron el respeto á las demás iglesias; no en cuanto á saquearlas y llevarse comprendidos y mezclados con los muebles más viles los vasos sagrados, que en esto todas fueron iguales. No profanaron las santas imágenes, sino en la parroquial y en nuestro colegio."—F. Sosa.

Lorenzos. Rancho del partido y municipalidad de la Luz, Estado de Guanajuato, con 355 habitantes.—Otro del partido y municipalidad de León, con 77 habitantes.

Loretillo. Celaduría de la alcaldía de Vaca, directoría de Choiz, Distrito del Fuerte, Estado de Sinaloa.

Loreto. Pueblo, puerto y antigua misión de la municipalidad de Comondú, partido del Centro, Territorio de la Baja California.

Respecto de este lugar, en otro tiempo de mucha importancia relativa en la expresada costa, creemos, á falta de datos propios minuciosos, lo más conveniente copiar literalmente lo que sobre ella contienen los principales textos de consulta que tenemos á la mano.

En la compilación hidrográfica del Pacífico, de M. James Imray, el Piloto del Pacífico del Norte, encontramos lo que sigue:

"Loreto es una pequeña aldea situada por los 26° de latitud N. y á una distancia de 5 á 6 millas al S. de la extremidad meridional de la isla de Coronados.

"Tiene esta aldea (1874) unos 150 habitantes; y en ella hay unas dos ó tres hermosas huertas de naranjos, higueras, dátiles, etc., y en las cuales se cosechan buenas legumbres en la estación respectiva.

"En otro tiempo (hace muchos años), esta aldea fué un lugar de algún tráfico comercial; pero hoy se halla en estado de completa decadencia, Debióse su fundación, en 1698, á D. Juan Caballero y Osís, quien escribió su historia y la consideraba como una de las localidades de mayor importancia en la Península, como que llegó á ser la capital de todo el territorio.

"El fondeadero al frente de Loreto se encuentra expuesto á los vientos del N., N.E. y S.E. que cuando soplan con violencia levantan tan gruesa marejada sobre él, que lo hacen extremadamento inseguro para un buque no bien asegurado en sus amarras. Con todo, la isla del Carmen brinda alguna protección contra los tiempos del E. y la costa contra los del O."

El teniente Hardy de la Marina Real Británica, escribió en 1826 la descripción siguiente de Loreto:

"La villa de Loreto se encuentra en un valle de una anchura de 2,000 á 3,000 pies, rodeado por montañas estériles y escarpadas, entre las cuales figura la llamada la Giganta (véase este nombre), como la más elevada, y por cierto la menos pintoresca. Hay en la villa de Loreto dos jardines ó huertos, en que se cultivan la vid, duraznos, higos, membrillos y dátiles; y allí se fabrica una considerable cantidad de vinos anualmente, á pesar de que las frutas son de propiedad comunal de todos los habitantes de la aldea. Se secan los higos y duraznos de cada cosecha, lo mismo que los dátiles, para cambiar dichas frutas por trigo y maíz que importan los buques costaneros, procedentes del puerto de Guaymas en la costa oriental del Golfo."

Los cerros que circundan la aldea son en general de formación granítica y de tepetate duro, mezclado con casi ningún suelo vegetal. Así es que dichos cerros absorben muy poca humedad; y durante las fuertes lluvias, que sólo ocurren de 5 en 6 años, el torrente de agua que de todos los lados se precipita sobre la aldea es tal, que en varias ocasiones se ha arrastrado consigo algunas casas. Los naturales del lugar, á pesar de conocer en toda su extensión el peligro que constantemente los amenaza, están poseídos de tal apego á sus habitaciones, que se sobreponen al temor que les inspira, y en todo piensan menos en cambiar de domicilio. Los habitantes de Loreto son de un color de aceituna prieta, lo que manifiesta que en este lugar la mezcla de las sangres indígena y española no fué muy feliz, ó á causa tal vez de que van volviendo gradualmente á adquirir la tez de los aborígenes.

El comandante Dewey, jefe de la Comisión hidrográfica exploradora del Departamento de Marina de los Estados Unidos, que visitó estos parajes por los años de 1874 á 1876, dice en su libro de "Observaciones sobre las costas occidentales de México," lo siguiente:

"La misión de Loreto fué fundada en 1697, y la aldea de ese nombre fué en un tiempo la capital de las dos Californias. Se halla situada ésta á la entrada de un valle que se extiende hacia el interior hasta las faldas de la sierra de la Giganta. En la época de la visita de la "Narragansett" (el buque de guerra de su mando) era Loreto una miserable aldea de casas de adobe, en su mayor parte techadas con hojas de palmeras, con una población de 150 habitantes. El local para el establecimiento de ésta, fué muy mal escogido, pues es á la orilla del lecho de un río, que si bien permanece durante años seco, en la época de lluvias torrenciales en las montañas suele convertirse en un devastador torrente en el espacio de unas dos ó tres horas, capaz de llevarse consigo todo lo que en su precipitado curso se encuentre. De suerte, pues, que de tiempo en tiempo la aldea Loreto ha sido completamente destruida, y hasta sus escombros arrebatados por la corriente, no quedando actualmente (1874) de la antigua misión en pie más que la iglesia y sus edificios adjuntos. Dicha iglesia es un edificio de cantería de grandes dimensiones, cubierto con un techo de bóveda, y que tiene en uno de sus extremos una cúpula espaciosa del mismo material; se encuentra en buen estado. Posee dicho templo algunas pinturas y ornamentos valiosos dignos de inspección. El altar mayor y la fuente bautismal son de puro alabastro."

En tiempo ordinario es bueno el fondeadero de frente á la aldea, en el que puede anclarse por 8 á 9 brazas á 5 cables de la playa. El mejor punto de él es un lugar con el cual quedan enfilados la iglesia y el cerro del Pan de Azúcar (véase este nombre), que es un pico agudo y muy remarcable, de unos 3,674 pies de altura. Muy cerca al S. de la desembocadura del arroyo ó río ya descrito, se extiende una restinga arenosa, que tiene solamente 2 brazas de agua encima, á una distancia de ¼ de milla de la playa.

Pueden conseguirse en Loreto, carne fresca, leña, agua potable, legumbres y frutas de varias clases.

Cerca de la ciudad, en dirección N., hay varias lagunillas, á donde acuden grandes bandadas de patos silvestres, en ciertas épocas del año.

Casi no hay fruta ni legumbre, sea de las especies tropicales ó de la zona templada, que no se cultive con éxito al aire libre en esta localidad. Coles, algodón, lechugas, tabaco, trigo, maíz y cebollas, se ven creciendo lado á lado, y á la vez en los huertos de Loreto; y por otro lado, el olivo, la palma dátil, el naranjo, el limonero y el plátano se encuentran allí en grande abundancia; y sus parras dan vinos de tal calidad, que no pueden ser igualados por los que se producen en la Alta California. La higuerilla ó palma-christi es en este paraje un árbol de tronco corpulento y muy leñoso. De maderas aplicables á la ebanistería, se encuentran allí la llamada uña de gato, que también abunda en Mulegé. Es un árbol perteneciente á la familia de las leguminosas, cuyas ramas están cubiertas de espinas curvas que se asemejan á las uñas de gato; y cuya madera es tan resistente y durable, y tan susceptible de fino bruñido como la de rosa, sobrepujando á ésta en belleza.

Loreto fué en otro tiempo el centro de un vasto comercio perlífero, y viene á ser el puerto de mar de Comondú, con el cual se comunica mediante un camino que pasa al través de la sierra de la Giganta; también se comunica con Mulegé por otro paralelo á la costa, que tiene como unas 70 millas de largo.

La variación magnética observada en Loreto en 1878, fué 10° 55′, con aumento anual de 2′, y las mareas suben allí de 3 á 4 pies.

La posición geográfica de Loreto, en la carta número 621 de la Oficina Hidrográfica de los Estados Unidos, es: latitud 26° 0′ 30″ N. y longitud 111° 21′ O. Entre su playa y la de la isla del Carmen en su puerto Balandro, hay una distancia de 10 millas O. á E. directo, y Punta Cholla de la misma isla le demora al E. 8° N. (magn.) unas 9 millas.

Loreto. Fábrica de papel de la municipalidad de San Angel, prefectura de Tlalpan, Distrito Federal.

Loreto. Congregación de la municipalidad de Mesticacán, undécimo cantón (Teocaltiche), Estado de Jalisco.

Loreto. 4 ranchos distribuidos como sigue:

Chihuahua: 2 pertenecientes á los Distritos de Camargo y Arteaga.

Jalisco: Uno del cantón y municipalidad de Teocaltiche.